

# BUSCANDO A MOLONEY

ALEJANDRO FERNÁNDEZ MONTE

## Capítulo 1

**L**a venganza, mi querido amigo, ése es el propósito de mi vida. ¿Responde eso a tu pregunta?

El capitán Pedro Mendoza no dudó ni por un momento. En la intimidad de su camarote se sentía libre para hablar con toda franqueza con su amigo Julio Santana.

- ¿Te parece una meta poco honorable, no es cierto? Vamos, sé sincero conmigo, Julio.
- Sabéis que no puedo mentiros, mi capitán —le respondió Santana—, pero yo no soy quién para juzgar si la venganza está relacionada con el honor. Sin duda, históricamente, muchos asuntos de honor no han sido otra cosa que venganzas encubiertas, así que no creo que sean dos conceptos antagónicos.
- Te he dicho que cuando estemos a solas no me llames capitán, tenemos confianza de sobra.
- Sí, mi capitán —no lo hacía a propósito, ni para hacerle de rabiar, sencillamente no podía evitarlo.

Mendoza se levantó de la silla y dio dos pasos hacia el ventanal. Lo abrió y aspiró profundamente. Le gustaba sentir la brisa del mar en su cara, le hacía sentirse como en casa. El olor del Caribe era distinto al de otros mares, muy característico.

- Sin embargo —prosiguió Santana—, no me parece que la venganza sea algo que os vaya a hacer feliz. La sed de venganza os consume día a día, yo lo veo con claridad. No os dejaré descansar jamás, mi capitán.
- Eso es cierto, amigo mío —dijo Mendoza con un suspiro—. Pero no puedo evitarlo. Lo sabes perfectamente.

- Mi capitán, tal vez sería más sabio disfrutar de vuestra vida con los pequeños placeres que tenéis al alcance de la mano. Formar una familia, envejecer al lado de una buena mujer...
- ¿Te refieres a Margarita, verdad? —Mendoza no pudo evitar esbozar una breve sonrisa.
- La señorita de Osuna sería una excelente candidata, desde luego. Si me permitís la osadía, es bastante hermosa. Y por otra parte de buena familia, mi capitán: su padre es un próspero hombre de negocios gaditano.
- Ya sabes que a mí eso nunca me ha importado, Julio. Además, precisamente por eso tal vez esté fuera de mi alcance.

El vaivén del barco acompañaba a los pensamientos de Mendoza. Hacía poco que había conocido a Margarita de Osuna y no podía negar que le había causado una fuerte impresión.

Hasta entonces, sus experiencias con las mujeres habían sido muy escasas, prácticamente nulas. Los azares de la vida no le habían dado pie a relacionarse con ellas, pero lo cierto era que tampoco lo buscó, pues siempre había estado muy ocupado buscando prosperar en su carrera militar.

El caso es que Pedro Mendoza era bastante apuesto, no demasiado alto pero sí bien plantado. Con una constitución firme, propia de las gentes del mar y de la guerra, curtidos tanto en el ejercicio físico como en las penurias de la profesión. Su pelo moreno le llegaba un poco más allá de los hombros, aunque lo solía llevar recogido en una coleta, al menos cuando intentaba dar una apariencia más aseada.

Pero sin duda su rasgo más característico era la cicatriz que le cruzaba la mejilla izquierda, que lejos de afearle el rostro le aportaba un aire interesante, irresistible para el sexo opuesto, que veía en él la marca de alguien duro, peligroso, que ya se ha enfrentado a la muerte y, de momento, la ha esquivado.

Mendoza se acarició la cicatriz distraído, un gesto que repetía con frecuencia, sobre todo cuando se dejaba llevar por sus pensamientos.

De pronto se dio la vuelta, el ceño fruncido, los puños apretados. La furia, esa rabia incontenible que le poseía cuando sus demonios personales le visitaban, había vuelto a hacer acto de presencia. Golpeó la mesa con el puño.

- ¡No puedo, Julio, no puedo! ¡Juré que dedicaría mi vida a buscar a Moloney, y por Dios que no pararé hasta que lo encuentre! ¡Sólo entonces podré descansar y pensar en otras cosas!

— Lo sé, mi capitán —respondió con calma Santana, que estaba acostumbrado a esos bruscos cambios de humor de Mendoza—. Sólo os preguntaba por el propósito de vuestra vida porque me preocupo por vos. Alguien tiene que hacerlo, ¿no es así?

Las palabras de Santana encerraban una triste verdad: el capitán Mendoza estaba solo en el mundo. Con pocos amigos y ninguna familia, vivía con escasos recursos una época convulsa en un territorio peligroso.

La vida en las Antillas no era fácil, nunca lo había sido. La Corona española se desmoronaba, su poder decreciendo día a día, hostigado por demasiados frentes, no sólo militares. Aunque seguía siendo la potencia dominante en el Caribe (y en buena parte del mundo), las naciones extranjeras enemigas acechaban como aves carroñeras, esperando cualquier señal de debilidad para atacar. Y si no había señales, atacando igualmente.

Y en ese escenario de constante peligro, los propios españoles eran enemigos de otros españoles, pues las mezquindades, envidias y codicias estaban a la orden del día, siendo caldo de cultivo para diversas mentiras, traiciones y puñaladas traperas.

Así, el instinto de supervivencia ocultaba las mejores virtudes de la gente. Los nobles dejaban de comportarse con nobleza y el resto se afanaba por sobrevivir. Todo vale para salir adelante cuando el panorama es funesto. Y que tire la primera piedra el que esté libre de pecado.

Nada nuevo bajo el sol, en cualquier caso. Así había sido y así sería durante muchos siglos.

Mendoza era un caso extraño, la excepción que confirma la regla. Por lo general, al mando de los barcos se situaban hombres que habían comprado el cargo merced a sus posibilidades económicas, más interesados por sus negocios particulares que por la carrera militar. Aunque cada vez eran menos los nobles que aspiraban a esta profesión, por lo ingrato de ésta.

De esta forma, con frecuencia eran los contraмаestres los que ejercían como verdaderos capitanes, pues conocían el oficio mucho mejor que sus inmediatos superiores, que se limitaban a mantener las apariencias y a ocuparse de salvaguardar la bolsa y la vida, muchas veces por ese orden.

Sin embargo, Mendoza había llegado a ser oficial por méritos propios. Enrolado desde pequeño en un galeón de la Armada de Indias, se desenvolvía en un barco como

un pez en el agua. Antes de convertirse en un adulto ya sabía más de navegación que cualquiera.

Y sus habilidades marciales no le iban a la zaga, entrenando siempre que podía con los soldados del Tercio de Galeones, o en solitario si no encontraba con quien practicar.

Para completar sus virtudes, gozaba de una capacidad de liderazgo innata, que junto con una humildad evidente (pues jamás aspiró a nada) le granjeó la buena disposición de aquellos que le conocían.

De esta forma, en una época de escasez de buenos oficiales, no le faltaron oportunidades para ejercer de capitán de barco. En realidad era algo que llevaba en su propia naturaleza: desde muy pequeño jugaba a que era un oficial de la Armada, llamado por el poderoso canto de sirena del mar y por las ansias de aventura que acompañan a la juventud.

Se sentó en la silla de nuevo, la mirada perdida, fija en algún punto de la pared. Una vez más, el recuerdo de aquel día acudía a su mente, todo volvía a ese punto de su vida que le marcaría para siempre. Aquel fatídico día del año 1633...

San Francisco de Campeche, en la península del Yucatán. Ciudad próspera y uno de los más importantes puertos españoles en Nueva España. Ajenos a todo y a todos, dos niños jugaban tranquilos en la playa. Hermano y hermana, de 10 y 11 años respectivamente, a las puertas de la adolescencia disfrutaban de su tiempo libre jugando juntos.

No necesitaban nada más para ser felices. Él manejaba con torpeza un pequeño trozo de madera que intentaba imitar a una espada; ella portaba, majestuosa, una diadema que perteneció a su difunta madre, de escaso valor monetario pero infinito emocional. Jugaban imaginando que él era un gallardo espadachín y ella una princesita acosada por múltiples enemigos.

— ¡Tranquila princesa, yo te salvaré! ¡Con mi espada les mataré a todos!

— ¡Gracias mi capitán! ¡Pero ten cuidado, no vayas a resultar herido en el combate!

El argumento del juego era lo de menos. Lo que importaba era saltar, brincar y correr. Entre risas y gritos, bajo un sol reconfortante y con el arrullo del mar de fondo, hacían la vida hermosa.

— Oye Pedro —dijo ella cuando empezaba a aburrirse—, ¿cuándo ha dicho padre que volviésemos a casa?

— No me acuerdo, ¿qué importa? —respondió el pequeño con entusiasmo, que aún tenía energía para rato, agitando la espada de madera en el aire.

— Mejor volvamos ya, se acerca la hora del almuerzo...

Su madre había fallecido víctima de las fiebres hacía unos años. Su padre, pescador de oficio, no siempre podía ocuparse de los niños debido a su trabajo. Afortunadamente, casi todos en la ciudad les conocían, así que no era probable que les pasase nada.

Al pequeño Pedro no le importó volver: para él, el juego nunca terminaba. De hecho, él nunca llamaba a su hermana por su nombre, Elena, sino que siempre se dirigía a ella como princesa. Ella, un poco menos infantil, sólo le seguía la corriente cuando jugaban.

De pronto, las campanas de la iglesia empezaron a sonar, a deshora. Algo pasaba, algunas personas echaban a correr, unos pocos al principio, casi todo el mundo al cabo de un rato.

Sin saber qué hacer, los dos niños se quedaron paralizados. Entonces vieron a alguien que señalaba hacia el mar, con preocupación. Hacia allí dirigieron sus miradas.

Las barcas de pesca volvían lo más rápido que podían, los pescadores remando como si les persiguiese el diablo. Y así era: justo detrás de ellos, 10 barcos navegaban hacia la ciudad.

Inmediatamente empezaron los disparos desde la torre defensiva, lo que sobresaltó a los niños que, por fin, empezaban a ser conscientes de que algo grave estaba a punto de suceder. Se dieron la mano.

Una mujer que les vio a lo lejos les hizo señas, preocupada, para que la siguiesen. Pero los niños no le prestaron atención, pues tenían la vista fija en su padre, que acababa de llegar a tierra con su barca.

— ¡Rápido niños! ¡Corred!

El tono de preocupación se llevó la brevísima sensación de seguridad que les dio tener a su padre cerca. Si él tenía miedo, entonces estaba claro que había motivos para estar asustados. Elena no pudo evitar que sus ojos se llenasen de lágrimas, de momento por puro nerviosismo. Pedro, más valiente o más inconsciente, que con frecuencia es lo mismo, sólo se concentraba en no perderse nada de lo que pasaba, eso sí, aferrando con fuerza su espada de madera.

Huyeron de la mano de su padre hasta la pequeña cabaña que tenían en la zona más humilde de la ciudad. Mucha gente había huido a la selva, pero su padre, que conocía los peligros de ésta, decidió que no era buena idea. Los piratas ya estaban desembarcando, no podrían huir por la maleza si les perseguían. Por otra parte, confiaba

en que no se dedicasen a saquear las cabañas de los pescadores, pues las riquezas estaban en las casas de los nobles.

En la cabaña, ante la atónita mirada de los niños, el pescador rescató del fondo del único armario un viejo cofre alargado. Dentro de él, envueltos en una tela, había una espada y una pistola de mecha, herencia de su propio padre, que había llegado a esta tierra con la esperanza de encontrar una vida mejor. La espada estaba algo oxidada, pero podría cumplir su función. Y la pólvora estaba seca.

Cargó la pistola y encendió la mecha, y se la dio al pequeño Pedro. A medio camino entre el miedo y la fascinación, el niño la cogió con un aire reverencial.

— No te preocupes, es sencillo. Apunta hacia la puerta, y si ves que entran, sólo dispara.

El niño asintió con decisión. Su padre, orgulloso, le revolvió el pelo con la mano en señal de confianza. Luego hizo lo mismo con Elena, pasándole con cariño la mano por la cara.

Después se giró, espada en mano, mirando hacia la puerta. Se persignó, musitando una oración. Pidió por sus hijos, para que no les pasase nada malo, y luego pidió valor para afrontar los próximos momentos.

No le dio tiempo a pedir mucho más.

Enseguida escuchó el ruido: puertas que se rompían, algún grito de terror o de dolor, de mujeres y hombres que no habían tenido tiempo de huir o esconderse, algún ocasional disparo. Era evidente que las exiguas defensas de la población habían fracasado.

La endeble puerta se abrió de golpe. La silueta de un hombre se dibujó a contraluz, una siniestra estampa enmarcada por el contorno de la entrada.

Hubo un estruendo repentino: el sonido del disparo de Pedro resonó en toda la estancia. El pequeño cayó hacia atrás, sorprendido por el retroceso del arma y por la fuerte detonación. Pero había conseguido su objetivo: la figura del hombre se tambaleó hacia atrás, y acto seguido se desplomó hacia un lado.

El alivio les duró poco, pues inmediatamente aparecieron dos nuevas figuras, que se asomaron con cuidado por la puerta, alertados por si había más disparos.

— ¡Mendoza! —gritó el padre rescatando una pequeña parte del orgullo familiar, dormido por el paso del tiempo pero no olvidado, lanzándose a por ellos sin dudar. No hay mayor valor que el de un progenitor que cuida de sus hijos. Al menos en ese aspecto sí fueron escuchadas sus oraciones.

La figura de su padre se trabó en combate con la de uno de los piratas. Ambos se fundieron en una sola sombra y se perdieron en la calle. Sonido de lucha, un disparo, algún grito de angustia, maldiciones en todos los idiomas posibles.

Todo eso pertenecía ya a otro mundo, el que existía más allá de la puerta abierta. Para los niños ya sólo había una realidad: su humilde casa, el santuario en el que se sentirían seguros si permanecían solos.

Su padre sólo había podido entrar en combate con una de las dos figuras. La segunda, en lugar de ayudar a su compañero, decidió entrar en la casa.

Los niños vieron con horror al demonio estaba violando la santidad de su hogar. Era muy joven, un adolescente, apenas 4 ó 5 años mayor que Elena, aunque ya tenía más de hombre que de niño. De pelo cobrizo, largo, sucio y descuidado, que colgaba alrededor de una cara llena de pecas, sin llegar a tapar sus ojos azules. Tirando a delgado, portaba sendos cuchillos en sus manos, uno de ellos ensangrentado, lo que aumentaba su aspecto peligroso.

— Vaya vaya, ¿qué tenemos aquí? —se preguntó a sí mismo, aunque los niños no le entendieron, pues hablaba en inglés.

El pequeño Pedro, que se había puesto de nuevo en pie, volvió a apuntar con su pistola, aún humeante, y apretó el gatillo. Pero no ocurrió nada; nadie le había dicho que sólo dispondría de una oportunidad. Hizo un gesto mezcla de sorpresa y decepción.

El joven pirata le miró divertido. Aquel mozalbete no iba a suponer un problema. Y la chica que estaba detrás de él... bueno, poco botín iba a poder sacar de aquella humilde casa, eso estaba claro, pero tal vez podría llevarse una pequeña recompensa personal.

Cerró la puerta, no quería distracciones ni compartir su premio con el resto.

Un fuerte golpe en la frente le distrajo de sus lascivos pensamientos. El pequeño Pedro había cargado contra él con su espada de madera. De forma instintiva, el pirata lanzó un tajo con uno de sus cuchillos, alcanzando al niño en una mejilla y obligándole a apartarse. Elena, que estaba paralizada por el terror, lanzó un grito cuando vio a su hermano herido.

—¡Agh! Maldito crío... —estaba más enfadado consigo mismo por haberle subestimado que con el propio niño. Se tocó el golpe de la frente, descubriendo con sorpresa que sus dedos estaban manchados con su propia sangre.

Terco como una mula, Pedro seguía haciéndole frente, blandiendo la espada de madera. Ni se inmutaba por la sangre que le goteaba por la mejilla.



Pero el pequeño no era rival para el joven pirata. Se lo quitó de en medio con un fuerte golpe que le lanzó contra la pared. Aturdido, el pequeño Pedro perdió temporalmente el conocimiento.

Y gracias a eso no tuvo que presenciar lo que vino después.

Aturdido, poco a poco empezó a recuperarse. Justo a tiempo para ver salir por la puerta a aquel demonio de pelo cobrizo. Escuchó un grito desde la calle:

— ¡Moloney! Maldito inglés... ¿dónde te habías metido? — era una voz que hablaba en español.

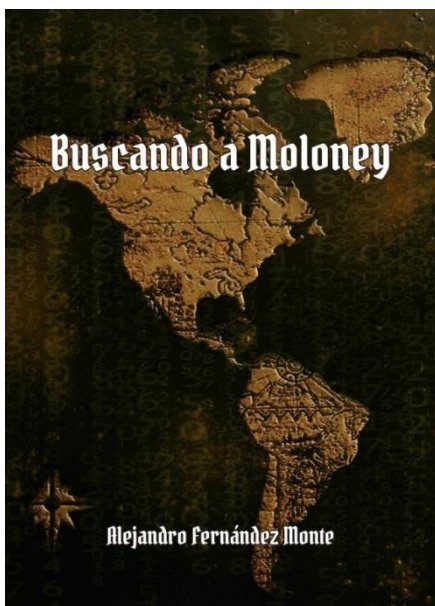
Pero la atención del pequeño Pedro estaba centrada en el cadáver de Elena. Tendido en el suelo, un charco de sangre se extendía poco a poco a su alrededor por el suelo.

— ¡Princesa, dime algo por favor! — le suplicó entre lágrimas mientras la sostenía torpemente. Pero no obtuvo respuesta, sus ojos ya se habían apagado. Esta vez el valiente capitán no había podido salvar a la princesa de sus enemigos.

Afuera, el saqueo proseguía, pero al pequeño Pedro Mendoza ya nada le importaba. Sólo podía llorar, mientras en su cabeza resonaba una y otra vez una palabra, una única palabra que se grabó a fuego en su memoria, que le acompañaría por el resto de su vida y sería inicio y final de todas sus pesadillas. Una palabra maldita, pues era el nombre de un demonio.

*¡Moloney! ¡Moloney!*

\* \* \* \* \*



¿Te ha gustado? ¿Quieres leer el resto?

Ya puedes comprar el libro en [Amazon](#).

O un ejemplar físico en la [Editorial Aguaclara](#).